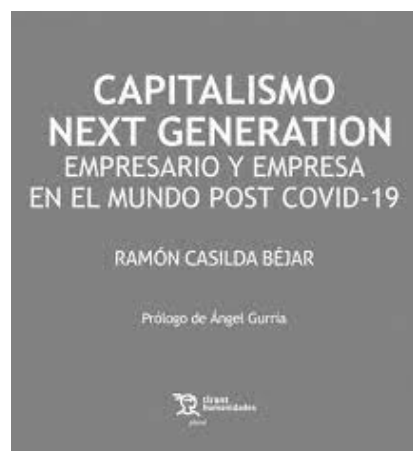


# RESEÑA

## CAPITALISMO NEXT GENERATION: EMPRESARIO Y EMPRESA EN EL MUNDO POST COVID-19

Ramón Casilda Béjar

Editorial Tirant lo Blanch, 2021, 284 pp.



Continúa Ramón Casilda Béjar en este nuevo libro lo que ya es una dilatada y muy relevante reflexión analítica sobre el capitalismo y su futuro; una travesía que comenzó con *Crisis y reinención del capitalismo* (2015) y *Capitalismo, crisis y reinención* (2019). En esta ocasión, su texto se centra en las vías de avance del modelo económico que conocemos como «capitalismo», prestando especial atención al papel que en una sociedad democrática, moderna y abierta, deben jugar la empresa y el empresario. Cuestión, sin duda, de la mayor importancia en los actuales tiempos: como argumentaré más adelante,

el capitalismo del futuro, si ha de subsistir, requiere una colaboración entre empresarios y trabajadores basada en la confianza mutua y en una aportación franca de unos y otros. Un objetivo para el que, a juzgar por el lenguaje que se maneja frecuentemente desde las instituciones que representan a unos y otros, y también en ocasiones por parte de responsables políticos, parece que todavía hay mucho que avanzar.

Especialmente, a partir de la crisis financiera del año 2008 han abundado los pensadores que, desde la economía u otras posiciones, se han referido a una crisis del capitalismo (Stiglitz, Mazzucato, Collier, Milanovic, entre otros). Una corriente que se ha visto acentuada por los diversos cambios que han surgido como respuesta a la crisis provocada por la pandemia de la COVID-19, especialmente: *i)* la mayor implantación del trabajo a distancia y de la colaboración *freelance* de trabajadores autónomos con empresas; *ii)* la decisiva intervención estatal en todos los países, en un contexto donde resultaba evidente que el mercado por sí solo no podía proveer solución a los daños causados, dada su enorme magnitud y brusquedad; *iii)* la constatación de que la deslocalización de la producción había ido demasiado lejos, incurriendo así en un excesivo riesgo de provisión de *inputs*

básicos e intermedios, lo cual ha contribuido a generar la actual ola inflacionista y ha hecho volver a apreciar la importancia de una provisión doméstica, con la consiguiente reducción del alcance de la globalización actual; y, de modo muy trascendente, *iv)* la constatación de que el nivel de desigualdad en las economías que se basan en un sistema libre de mercado, lejos de disminuir, incluso aumenta de modo significativo en períodos de crisis.

*Capitalismo Next Generation* es una excelente referencia para quien quiera aproximarse a este debate. La primera parte del libro consta de tres capítulos: en el primero se analiza la historia del capitalismo desde lo que pueden considerarse sus orígenes, exponiendo a continuación las diferentes visiones del capitalismo en los pensadores clásicos, y su extensión como paradigma económico en el mundo occidental. Es este un documento de la mayor utilidad para quien se aproxima al estudio de la economía, pues no existen muchos resúmenes claros y concisos de historia y conceptos como el que aquí se recoge. En el segundo capítulo examina el autor la capacidad del capitalismo de contribuir a un crecimiento sostenido y sostenible, que incluya a todos los ciudadanos, prestando atención a la crítica habitual de que la desigualdad es inherente al sistema capitalista. Sin duda, un análisis de la

mayor actualidad, que plantea las grandes dudas actuales acerca de la organización del sistema económico del que participamos, y que enlaza de manera natural con la reflexión acerca del papel de la empresa con el que se cierra el libro. Sin pretender entrar en un análisis detallado y específico, Ramón Casilda enmarca las críticas y propuestas de los autores críticos antes citados, dentro de la evolución histórica que ha seguido el sistema capitalista en sus diversas manifestaciones. La primera parte cierra con un tercer capítulo que contiene una contribución muy personal del autor, describiendo el capitalismo *next generation*.

Las dos partes restantes del libro complementan este análisis, reflexionando sobre el papel que han de jugar empresas y empresarios en lo que debemos entender como capitalismo moderno o, en la denominación del autor, capitalismo *next generation*.

Al analizar la figura del empresario, cita Ramón Casilda a Smith (p. 207): «el hecho de que los empresarios puedan ganar dinero no daña a la sociedad, siempre que intenten obtener sus beneficios en un mundo de competencia». Me permitiría añadir a esta observación: «... pudiendo operar en un entorno de seguridad jurídica, y estando claramente definida la asunción de riesgo por cada una de las partes que intervienen en la empresa, así como

las compensaciones que puedan recibir por ello».

¿Cuál ha de ser el papel de la empresa en este capitalismo *next generation*? Ramón Casilda parte de la concepción de Coase (p. 212) acerca de que la empresa «es la manera menos costosa de organizar ciertas actividades económicas», entre otras cosas, porque reduce los costes de información y de transacción. Es esta, sin duda, una perspectiva muy relevante para una economía de libre mercado bajo los retos del siglo XXI. Una visión muy extendida apela a la teoría económica para afirmar la eficiencia del sistema de economía de libre mercado, y el importante papel que, en este, juegan las empresas al permitir un intercambio eficiente de bienes y servicios. No es esta una imagen rigurosa, por ser excesivamente trivial, en un sentido que la crisis de la COVID-19 ha hecho evidente: las sociedades modernas no pueden subsistir sin un papel activo del sector público, tanto para: *i*) generar una normativa clara y transparente y garantizar su cumplimiento (lo que conocemos como seguridad jurídica), como para: *ii*) garantizar la inclusión de todos los ciudadanos en el reparto del nivel de progreso generado mediante el crecimiento económico y, por supuesto, para: *iii*) ser la salvaguardia en situaciones de emergencia que ningún sistema de mercado está capacitado

para resolver por sí solo. Por un lado, es hoy más evidente que nunca que la actividad económica se produce en presencia de externalidades, cuya resolución, total o parcial, requiere de algún tipo de intervención pública; por otro lado, las crisis recientes y los retos que plantea el cambio climático nos han enseñado que no se trata de confiar ni en el sistema de mercado ni en la intervención pública por sí solas, sino en su colaboración continuada. La denominada colaboración público-privada, en condiciones que es preciso establecer de manera justa para todos los ciudadanos, es ya una pieza imprescindible en el diseño de un progreso económico y social sostenidos.

Por eso, existen varios peligros que hay que evitar. La política económica no debe ser un obstáculo adicional a la actividad empresarial, para lo cual es preciso que las normas sean claras y se cumplan, sin revertirlas cada poco tiempo. La política económica no debe ser una fuente adicional de incertidumbre; por el contrario, debe ofrecer garantías y certezas, en la medida de lo posible, a quienes asumen los riesgos de toda actividad empresarial. No puede olvidarse que la empresa es, ante todo, una actividad de riesgo, y es crucial al sistema económico definir bien cuánto riesgo asume cada parte.

En particular, el regulador debe hacer lo posible por garantizar un

marco de competencia en los distintos mercados. Para todo ello, es importante que se cuente con los agentes de la actividad empresarial, trabajadores, accionistas o gestores, para estudiar el modo en que las distintas regulaciones sectoriales o globales, condicionen o afecten a su actividad, a la vez que persiguen un mayor bienestar social; y ello, tanto antes de legislar, como después de hacerlo, para detectar la necesidad de posibles modificaciones, en la normativa o en su aplicación. Esto es especialmente cierto en economías que, como la nuestra, tienen un sistema productivo con un número mayoritario de empresas medianas y pequeñas, con especial concentración de microempresas y autónomos. El reducido tamaño dificulta muchas de sus actuaciones, desde su acceso al crédito hasta su capacidad para innovar y, por supuesto, su capacidad de competir en el exterior, y es en estas áreas donde nuestro sistema de mercado tiene mucho margen de mejora mediante la colaboración de los sectores público y privado.

En la actualidad se demanda mucho del papel social que deben jugar las empresas, a las que se les pide que sean respetuosas con sus empleados y con los *stakeholders* externos (clientes, proveedores), así como con el medioambiente y con el entorno social en el que operan. Evidentemente,

deben cumplir estrictamente toda la normativa relevante a las exigencias medioambientales de su actividad, al igual que la relativa a los derechos humanos en la actividad de sus proveedores. Pero conviene distinguir entre lo que la sociedad exige a través de la normativa correspondiente, y pedir que las empresas tengan como objetivo los elementos que habitualmente consideramos dentro de lo que ambiguamente denominamos como «responsabilidad social» (p. 216). Especialmente porque no puede esperarse lo mismo de grandes empresas, que incluso suelen tener sus propias fundaciones destinadas a algunos de los fines que consideramos dentro de la «responsabilidad social», que de las empresas pequeñas. En este sentido, cabe considerar la *Business Roundtable* (p. 225) como el punto de partida a un debate que habrá que clarificar en el futuro. No hay que olvidar, en todo caso, que una gestión eficaz de la empresa con visión de futuro, seguirá una política de inversión e innovación que, si tiene acierto, conducirá a crear empleo de calidad y riqueza para sus accionistas y empleados, en la medida en que estos participen de los resultados.

Por el contrario, los enormes retos a que se enfrenta la humanidad parecen requerir un nuevo contrato social en el que las distintas partes: gobiernos, trabajadores

y empresas, establecen el modo en que todos ellos deben colaborar en buscar un progreso social para todos, reduciendo desigualdades, respetando el medioambiente y los derechos de todos los ciudadanos. Colaboración entre las partes es el término clave para el futuro, lejos de las tradicionales rencillas que todavía se mantienen entre ellas, que nos retrotraen más a siglos pasados que a una sociedad que, en pleno siglo XXI, pugna por condicionar la acumulación de riqueza al respeto medioambiental, a una mayor igualdad de oportunidades para todos y a la reducción gradual de la desigualdad y la pobreza.

Como consecuencia, es preciso conseguir un clima de confianza entre grupos que permita una mayor participación de los trabajadores en la organización de la producción, quizá acompañada de una cierta participación de los mismos en la asunción de riesgos, ya sea mediante la participación en resultados u otros elementos. Sin duda, que el enorme poder de mercado de los grandes gigantes multinacionales que hoy conocemos dificulta este proceso, pues su expansión se ha basado, frecuentemente, en eliminar potenciales adversarios, generalmente mediante su compra, y en acaparar poder de mercado, conduciendo a una acumulación creciente de beneficio, sin una gran preocupación por los

temas que hemos mencionado. De hecho, es bien conocida la utilización exhaustiva de todos los resquicios legales que puedan existir para reducir su tributación a la mínima expresión, despreocupándose de que los lugares donde desarrollan sus actividades sean quienes se beneficien de dichos recursos. Por el carácter tecnológico de muchas de estas empresas, un segundo problema alrededor de ellas es el comercio de datos, en muchos casos sin conocimiento de las personas a quienes corresponden, nuevamente aprovechando la ausencia de una normativa internacionalmente aceptada que sea suficientemente rigurosa en la definición de responsabilidades (p. 257).

Sin duda, que el capitalismo ha evolucionado mucho al compás que lo hacían las sociedades desarrolladas, donde el sistema de libre mercado ha estado vigente. Pero el mundo entero, no solo esas sociedades, se

enfrenta a grandes retos que amenazan incluso la sostenibilidad de amplias regiones del planeta, y resolver tales retos inevitablemente afectará al modo en que se organiza el sistema económico de producción e intercambio; de hecho, lo está haciendo ya en forma bastante evidente.

La implicación es, para unos, que el capitalismo está muerto y debe sustituirse por otro sistema (que no parece que se proponga con claridad); para otros, que la crisis no es tanto económica, sino una crisis de valores sociales, que hace insostenible la concepción antigua de los sistemas de producción y distribución, así como los sistemas de distribución de riqueza y bienestar. En esta perspectiva se alinea el análisis de Ramón Casilda, cuando afirma que «el capitalismo *next generation* debe transitar desde una sociedad antagónica hacia una sociedad armoniosa, construyendo un mundo de certezas, equilibrio y mayor bienestar»

(p. 19). Para hacerlo posible, es un deber de los representantes políticos y de los responsables de las principales instituciones económicas y sociales en toda sociedad, el abrir un debate sobre el tipo de sociedad que se quiere lograr en un horizonte futuro razonable, y colaborar, siempre colaborar, en poner los medios para su logro. Crear el clima de confianza preciso para hacer posible y fructífera tal colaboración es nuestro principal desafío.

Mi enhorabuena al autor, por escribir una obra magnífica, interdisciplinaria y holística, didáctica, equilibrada, con rigor económico y fondo científico y sociológico. Y, además, algo importante que deseo destacar: es un libro «valiente», porque no solo describe, sino que propone un nuevo paradigma, nada menos. Recomiendo vivamente su lectura y estaremos atentos a su «aventura intelectual», que así denomina a su trilogía.

**Alfonso Novales Cinca**

*Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*